

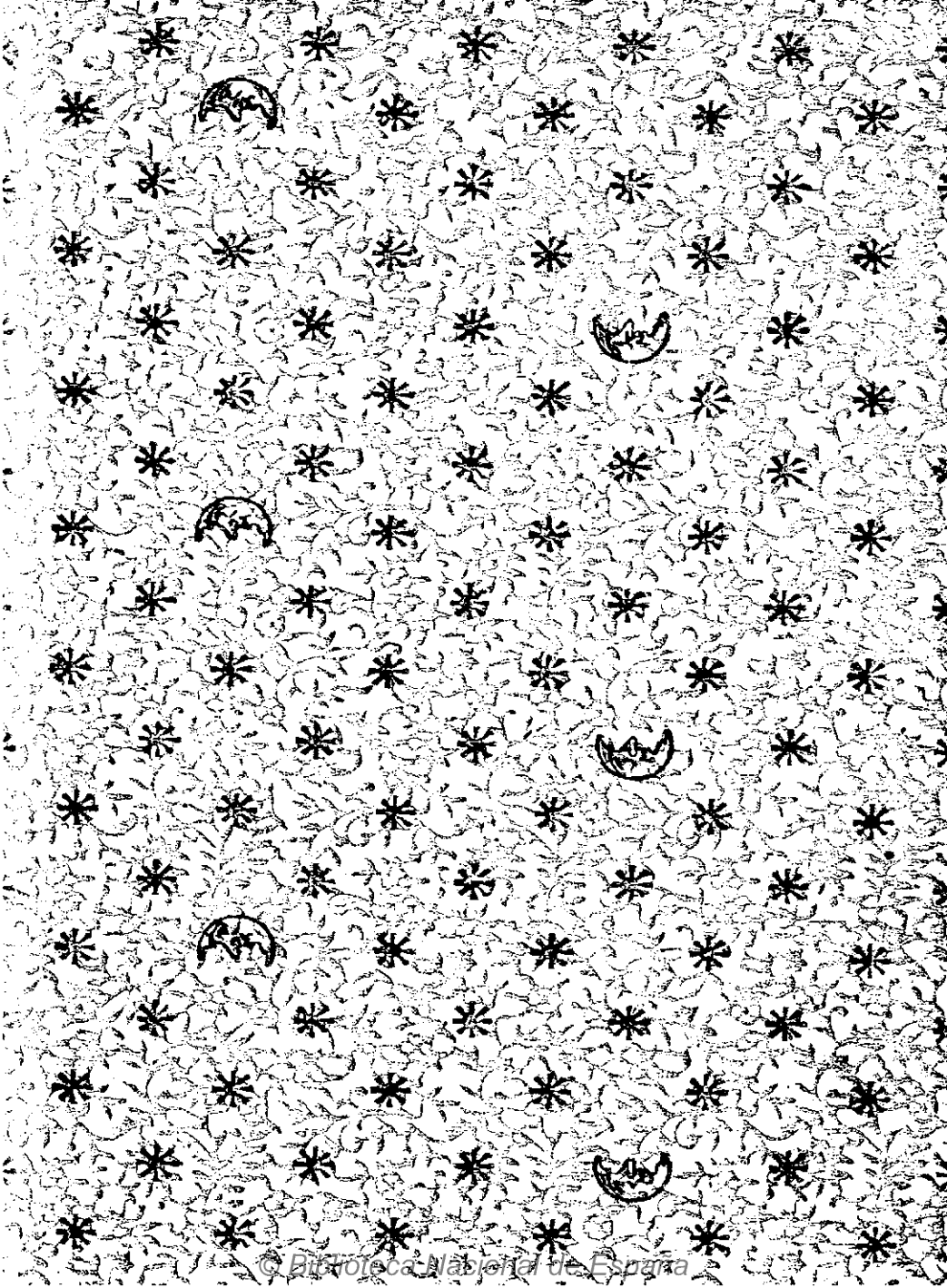


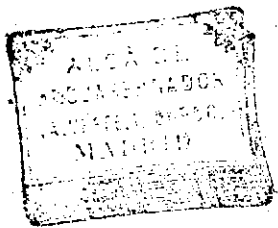
H
305

ac

H. a.

3095





R

Gaspar Octavio Hernández

ICONOGRAFIA

1916

Imprenta "Esto y Aquello"
Casa Editora

PANAMA - R. P.

R 5139 L1

Gaspar Octavio Hernández

Iconografía



1916

Imprenta "Esto y Aquello"
Casa Editora

PANAMA - R. P.



A book is essentially not a talked thing, but a written thing. The author has something to say which he perceives to be true and useful, or helpfully beautiful.

— JOHN RUSKIN.

PROLOGO

Este libro inconexo, escrito a veces con tinta, a veces con sangre, une a todos los defectos imaginables un mérito: el de la buena intención que le anima.

Creo sinceramente que nuestros pueblos han menester, a más de carreteras, ferrocarriles, escuelas industriales y otros eficaces factores del desenvolvimiento económico, algunos no menos eficientes factores del desarrollo intelectual y ético: libros, muchos libros. Libros que, si no son didácticos, engendren, al menos, afición a la lectura en nuestras gentes, bastante habituadas a distraer ocios en poco provechosas tareas.

Propensa a la servidumbre vive siempre la nación que no lee. La esclavitud de los antiguos pueblos lo evidencia.

Ya aquel donoso príncipe de la *Sátira*, que se llamó Mariano José de Larra, rasguñò con el finí-

simo puñal de su ironía la epidermis de los pueblos refractarios a aprovecharse de letras.

Preguntaron a Demóstenes: — ¿Cuál es la primera condición que se requiere para ser buen orador?—*La acción*—respondió el máximo heleno —¿Y la segunda?—*La acción*—¿Y la tercera?—*La acción*, continuó el ateniense.

Hoy preguntan algunos hombres:—¿Qué es lo primero que necesitan los pueblos para ser grupos civilizados?—*Leer*, responden otros—¿Y lo segundo?—*Leer*...¿Y lo tercero?...—*Leer*. No continuemos callados e inmóviles ante el desfile de la caravana. Marchemos y hablemos.

Hablemos por medio de nuestros libros, sobre



Por desgracia para uno de los principales objetivos de la obra, cual era el que acabo de expresar, no me fué posible adicionar datos acerca de algunos buenos sacerdotes del Arte en el Istmo, debido, más que a todo, a la incuria con que —hasta hace poco—. hemos acostumbrado ver seres y cosas.

De otro lado, ha influido en la escritura de estas ligeras notas—rápidas como mi manera de vivir—, mi ansia de comunicar a otros hombres la emoción que en diferentes épocas engendraron en mí las vibraciones del mundo ambiente. Realizar esta aspiración, será siempre uno de mis más íntimos placeres.

Malas pinceladas, contornos mal diseñados, demasía de sombra o demasía de luz, veréis en los lienzos de esta paupérrima iconografía; mas veréis también, que esos defectos de técnica, esas violentas incorrecciones pictóricas, hijos son de la vehemencia con que obró la mano, febril de loco entusiasmo o de intensa amargura.

En medios como el nuestro—, donde los que—llevados de persistente necesidad interior—se dedican a la cultura de la belleza, teniendo a la vez, que consumir grandes caudales de energía en labores de suyo antiliterarias, para no morir de

hambre; en medios como el nuestro,—donde el público—sobre todo el público que a si mismo se llama letrado—deja morir de inanición diarios y revistas en el sórdido y frío muladar de la general indiferencia; en medios como este, digo, no se puede laborar con detenimiento, en el bosquejo de un cuadro; en la reproducción de un retrato; en el pulimento de un mármol.

Además, los que aquí trabajan por un ideal noble,—cualquiera que sea la índole de ese ideal, son blanco de burlas y de insultos a la sordina, de parte de entes diabólicamente envidiosos, perversos en su despecho y envanecidos en su torpeza que, tratan de ridiculizar la obra de los demás, y proceden siempre como el perro del hortelano.

Pero a despecho de los inconvenientes apuntados, me atrevo a ofrecer mi modesta iconografía, confiado en que a sus muchos defectos unen sus cuadros dos méritos: el de ser trazados con tinta y sangre, y el de la buena intención que me guió al esbozarlos.

GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ.

Panamá, Marzo de 1916.

CROMOS DE VIDA



ALREDEDOR DE LA EMANCIPACIÓN

—

(PALABRAS PARA UN DISCURSO)

Con el más puro y justificado regocijo comienzo a hablar de nuestra emancipación, no porque juzgue mis palabras las más dignas de resonar en fecha tan augusta como esta en que todos los corazones laten de patriótico gozo, sino porque el referirme a este noble tema, hábilmente desarrollado ya por eminentes personalidades de nuestro mundo intelectual, constituye para mí la ocasión más oportuna quizá, de traducir al lenguaje ordinario ese conjunto de emociones complicadísimas que inquieta las interioridades de nuestro sér; que enardece con fuego sagrado la sangre de

nuestras venas; que pone cantos heroicos en los labios y violencias en el corazón; que a los cobardes transforma en valientes y a los valientes en héroes; ese conjunto de complicadísimas emociones que intensifica el sentimiento de la dignidad en el pecho de cada hombre consciente; que es génesis del más desmedido amor a la gloria; que puso ardores de coraje en el alma de Esparta ante el empuje avasallador de las hordas heterogéneas de Jerjes; que hizo al hijo de Amilcar jurar ser enemigo irreconciliable de Roma y atravesar los Pirineos y los Alpes desafiando la fría inclemencia de los glaciares y la intolerancia bélica de las tribus montañosas, al frente de sesenta mil mercenarios dispuestos a tornar polvo la capital del más poderoso imperio del mundo antiguo.

Dificultad extrema es, ciertamente, la que vencer me toca; pero cómo desoir la voz de la Patria sin convertirse en reo de ingratitud y de perfidia? Cómo desoir la voz de madre tan amorosa que, en el fausto día de su natalicio—ceñidas las sienes de florido laurel, portando en la diestra el pendón tricolor de las dos estrellas—nos manda cantar el poema sublime de sus triunfos y desgracias, de sus luchas sin número; de sus magnos esfuerzos por colocarse en preeminente cumbre?

No en todo pecho babea la ingratitud; ello es lo que me obliga a escribir estas líneas; tenien-

do en cuenta que la vehemencia de mi patriotismo y la bien encaminada intención que me guía compensarán, en parte, la falta de ideas brillantes y de inspiración robusta que el lector advertirá en estos renglones.

Al recordar que desde prehistóricos días el hombre manifestó tendencias de someter a vasallaje al hombre; al recordar que en los periodos aurorales de la historia las tribus mejor organizadas y más fuertes—ahitas de codicia y ávidas de rapiña—dispusieron, a su arbitrio, de las tribus peor dotadas por la naturaleza y por las circunstancias; al recordar que, mientras un pueblo emprendedor, como el fenicio, atraviesa mares y montañas y funda ciudades pacíficamente llevado de su instinto esencialmente especulador, un pueblo guerrero, como el de Roma, le prepara en la sombra el ataque: le arrasa los más ricos emporios comerciales y, al son de béticas trompetas le llama a campal batalla, instigado por su espíritu de conquista y por sus impetus de dominador díscolo; al recordar que esas tendencias de dominio latén aún en el fondo de la conciencia humana—y seguirán latiendo—porque ellas no son más que corolarios de ciertos atributos comunes a todos los hijos de Eva, nieblas de pesimismo empañan las claridades de nuestras almas y, bien que por un momento, creemos en la imposibilidad de la verdadera fraternidad humana.

Y quién lo creyera! Esos mismos pueblos so-

bre cuyas espaldas chasqueó algún día el látigo del despotismo, son los que luchan con más vigor y más perseverancia por la causa de la libertad; atraviesan los hoscos desiertos de la esclavitud y de la desesperación, en caravanas resueltas, fija la mirada en el ideal de su redención lejana, ensangrentados, sudorosos, dejando en el camino cadáveres de hermanos, provocando inconscientemente el hambre y la cólera de las fieras, hasta llegar al oasis de su felicidad y de su independencia.

Diriase que han menester les espolee la Desventura, para combatir con entusiasmo en todos los campos y en todas las épocas, por esa fuerza moral que, desde el punto de vista político, es la vitalidad misma de una bien organizada asociación de hombres: la soberanía.

Diriase que las lágrimas que vierten y beben al transitar por la via-crucis de su infortunio, concrecionaran masas de odio y de rebeldía en lo más recóndito de sus doloridos corazones—tal como el agua que filtra a través de calcáreos terrenos forma esas bellisimas estalactitas que ornar maravillosamente las más ocultas cavernas.

No hay redención sin martirio. No se obtienen preciados dones fácilmente. Para ser libre se necesita, en primer lugar, querer serlo; en segundo lugar, deber serlo y, en tercer lugar, no dejar de querer serlo.

Panamá quiso ser libre porque debía ser libre. Y si no tiñó con sangre el acero al luchar por su autonomía, fue porque en los instantes supremos de sus anhelos libertarios no había contra quien blandirlo; porque tuvo la rara habilidad de vivir en paz en medio de intensas revoluciones.

Rompimos la cadena española porque éramos españoles, porque heredamos de España ese orgullo invencible; ese heroísmo caballeresco; esa noble altivez que odia cadenas y grillos, así estén forjados del más compacto y reluciente oro. Rompimos la cadena española porque España nos dió, con su sangre, con su idioma, con su religión, con sus costumbres, la fuerza prepotente que se necesitaba para hacer trizas tantos y tan bien enlazados eslabones.

De árboles vigorosos, vigorosos y sanos frutos. De padres dignos y valerosos, muchachos hidalgos y valientes. Para no desmentir el origen, nadie debe sustraerse a la influencia de sus peculiaridades ancestrales; ellas, cuando buenas, son como un vino embriagante con que Dios nos embriaga para entusiasmarnos en pro de toda labor hermosa; cuando malas, están inoculadas en el organismo como tóxico mortal que envenena hasta las más sanas visceras; de un modo u otro, están adheridas a nuestra sangre y forman parte integrante de nuestro sér.

Rompimos la cadena española porque hereda-

mos de España el deseo de ser libres y la altivez de poder serlo.

Y, porque éramos libres amábamos la gloria. Porque sólo quien es libre corporal y espiritualmente, puede amar la gloria. Los grandes amores solo nacen en las almas grandes, así como los árboles más gigantescos arraigan sólo en la inmensidad de los grandes bosques.

El ruin que no sabe agitar las alas de su espíritu; el ruin que no ama el vuelo; el ruin que desprecia el brillante azul de arriba por los sórdidos tremedales del valle; el ruin que maldice de ser hombre y suspira por ser cocodrilo; ese, no puede amar la gloria porque no puede ser libre. Porque no a todos seduce el brillo de un lucero, el perfume de un lirio, la canción de una hermosa.

Y porque amábamos la gloria, amamos a Colombia; a Colombia la homérica; la que prendió en el cielo de Atlántida la más radiante de las constelaciones; la que—amazona en veloz corcel de guerra, envuelta en manto de color de iris—paseó por los campos de la historia suramericana su enérgica hermosura de guerrera invicta; la que en Boyacá, Junín y Ayacucho desmelenó la cabeza gentil del león hespérico y asombró a los hombres con lo sangriento de sus batallas y con lo hermoso de sus victorias, intrépida y altiva cual mujer israelita.

Y la patria fue hacia Colombia, tal como pequeña hermana acude a la primogénita de la familia en busca de calor y amparo. Llegó al hogar de la hermana. Vivió en él tiempos. Y sentada a la mesa, vió malas caras. Oyó ásperos gritos de injuria. Vió crisparse puños enemigos en su contra, allí donde creyó vivir en buena y santa paz como quien vive en seno de patriarcal familia. Y en vez de pan, le dieron maíz viejo; en vez de vino, vinagre. Quien tolera injurias, merece que se le injurie. El que no protesta cuando le hieren, o es muy estoico o es muy bajo. Y como el mismo no podía vivir en la ignominia, porque de España aprendió a ser altivo, abandonó la casa de la hermana; volvió a su propia casa, risueño aunque fatigado. Allí está. Males sin número le afligen. Son males que no hacen mal. Porque para que la piedra luzca en todo su esplendor, ha menester la paciente labor del paciente lapidario.

Con todo, la emancipación es incompleta, si advertimos que todavía nos falta—digámoslo con dolor—esa necesarísima educación del carácter, que tan eficazmente han sabido utilizar los pueblos anglos y algunos de nuestro continente hispanoamericano.

No debe ser un pueblo mera agrupación de calibanes obsesionados únicamente por la idea de lucrar ordeñando vacas y especulando en todos los órdenes de la vida de los negocios.

Hay que abrir el alma a todos los vientos. En la vida política, como en la social y en la intelectual, se debe de ser ecléctico; aprovechar lo bueno de todo; no circunscribirse a tal o cual orden de la actividad, porque el circunscribirse a tal o cual orden de la actividad equivale a desconocer la complejidad de la organización humana. Cerebro y alma. Pensamiento y brazo.

Desarrollando con interés nuestras facultades psíquicas; practicando una ética sana; esforzándonos por mantener la integridad de todas las instituciones que constituyen nuestra personalidad como nación, jamás podremos olvidar el concepto de patria; nos sentiremos siempre con vigor para defender los intereses del terruño amenazados. Haremos del patriotismo una religión. Con orgullo clavaremos el pendón de las dos estrellas en la más alta montaña.

Mas si despreciamos el cultivo del espíritu; si al escudo de Minerva preferimos el caduceo de Mercurio; día llegará en que nuestras instituciones nacionales desaparecerán—naufragos infelices—en el revuelto mar de intereses económicos y morales de pueblos más diligentes y mejor educados que el nuestro.

Recordad esa Fenicia especuladora de que ya os he hablado. De su seno salían caravanas inmensas con rumbo al suelo feliz de Arabia. De allá regresaban a sus ricas metrópolis, cargadas de oro, de incienso, de mirra y de los más exci-

tantes perfumes de que en vez alguna supiese el olfato de los hombres. Si marchaban a la India, retornaban al jardín solariego con el marfil más reluciente que albeara en colmillos de elefantes.

Conocían secretas regiones perdidas en el fondo de los mares, de las que extraían metal en aquellos tiempos apreciadisimo.

Sin embargo, ese pueblo tan rico, tan incansable, tan expansivo, pereció porque carecía de ideales. No supo o no quiso, como el griego, conjuntar acción y pensamiento. Descuidó el cultivo del espíritu. Y por descuidar el cultivo del espíritu, no pudo jamás crear la idea de patria.

La sorprendente heterogeneidad de sus ejércitos es la prueba más irrecusable de su carencia de ideal patrio. Desorganizados grupos de mercenarios sin ley y sin Dios no podían amar una bandera e ignoraban qué defendían.

Allí el nómada inquieto vestido de piel de león, montado en brioso alazán de su Numidia; el libio belicoso y desmoralizado; el ibero atrevido y valiente, sin ningún afecto por la tierra que los alquilaba, no podían combatir con sinceridad ni pelear con heroísmo. Soldado que se alquila, soldado que traiciona.

Y por ignorar o querer ignorar el concepto de patria, ignorancia proveniente del desprecio que demostraron siempre por las sagradas cosas que reclaman la atención del alma, la Fenicia desapareció en la mar oscura de los tiempos de ando sólo una siniestra estela de cobardía y de egoísmo.



CUADRO DE CARNAVAL

Vista desde el balcón de un alto edificio la Avenida Central llena de bulliciosas mascaradas, semeja calle de ciudad de leyenda; una calle tortuosa, larga y estrecha, poblada de encantadores, de hechiceras y de endriagos.

Si algo hay inconscientemente seductor en esta calle, ahora, es esa profusión de tipos heterogéneos, hombres y mujeres de todas las zonas terrestres y de todas las condiciones sociales, que olvidan la diversidad de sus costumbres e idiomas para confraternizar—aunque por limitadísimas horas—en estas modernas lupercales, que

hacen resucitar en la imaginación gratos recuerdos de civilizaciones remotas en lo que fué.

No por estos sitios veréis—cual vieron antiguas gentes en poderosas comarcas donde era Baco deidad venerada—la banda de ninfas perseguida de grotesca turba de silenos y de faunos coronados de pámpanos; ni veréis retozar dioses en consorcio íntimo con los más degradados y corrompidos ejemplares de la raza humana; ni veréis monarcas viciosos y enclenques reclinados en el regazo de avasalladoras cortesanas. Pero, a falta de aquellas míticas figuras que imprimieron peculiarísimos tonos a las viejas carnestolendas, no escasean las cálidas trigueñas de nuestro Istmo, quienes luciendo vistosa pollera—traje nacional de origen gitano, según dicen los doctos—van por esas vías de Dios y riegar más sal que las mismas hijas de la tierra andaluza. Nerviosas de sensual entusiasmo, cantan uno de esos aires nacionales en que palpita cierta inexplicable melancolía y que la inteligencia popular ha bautizado con el no muy exacto nombre de *tamboritos*: palmotean lenta y acompasadamente, ostentando, al palmotear, dedos circuidos de anillos en los que irradia el rojo del rubí y el azul del zafiro con el verde marino de la esmeralda. El tinte violeta del crepúsculo comienza a amaratar los cielos. Zumba enorme ruido semejante, quizá, al que deben escuchar las almas cuando se van aproximando al Infierno.

El observador se extasia ante el confuso en-

canto de las muchas escenas que ante sí tiene. Súbito, una mujer le saca de su embobamiento al gritar: «¡Ya viene!», tendiendo la diestra hacia el Sur de la Avenida. Al punto se advierten en la muchedumbre vaivenes y murmullos de ola.

Y, precedida de cuatro heraldos vestidos de púrpura que—jinetes en no muy altivos corceles—tocan sonoros clarines, aparece en su real carro la Reina Isabel, una virgencita delicada y rosada que sonríe mucho y, al sonreír, deja ver dos hileras de dientes diminutos y blanquísimos. Su carroza imita una concha llena de mujeres—perlas, arrastrada por fugaces gaviotas, símbolos tal vez de los sueños nupciales de las bellas.

Luego, en el lomo de un dragón, la Princesa Leovigilda, la que llaman Reina Mora e Hija del Sol y de la Noche.

En verdad que no vió el ojo terciopelo mejor que el de su acanelado rostro; ni miradas más atrevidamente habladoras que las suyas. Al verla, resurgió en la mente la amada del Sabio Rey, aquella que cantaba: «Morena soy, ¡oh! hijas de Jerusalem, mas codiciable como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón. No miréis en que soy morena porque el Sol me miró. Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los valles».

Nada que dé una idea tan clara de la solida-
ridad que en cierto modo compacta los diferentes
elementos étnicos que integran la población na-

cional panameña, como la presencia de esas dos vírgenes, emblemas fieles de la vitalidad y de la esplendidez de nuestros ideales más gloriosos, cuales son los de hacer una patria hermosa, noble y digna, donde quepan todos los seres de sin distinción, de raza, ni de abolengo, ni de credo.

Aquella, hace recordar las divinas soñadoras del Norte, esas de róseo cutis y de castañas guedejas, que en la inmovilidad de sus pupilas reflejan la inmovilidad de los lagos septentrionales; ésta, parece una princesa de Oriente, una hija de Alá en que se junta al ardor del Desierto la frescura y belleza de la margarita del Oasis.

Yo he sentido la más sacra de las arrobaciones ante esa dos hijas del trópico y, he creído, por fugaces instantes de agradable inconsciencia, que la Felicidad y la Hermosura son cualidades indispensables a la naturaleza de los vivientes; que Jehová, al crear el primer hombre del poema bíblico dióle a aquel un beso en la frente y le dijo «¡Ríe! ¡Ríe para siempre! ¡Ríe!»

—

Al tinte violeta del crepúsculo sucede el azul pálido de un cielo con estrellas pálidas.

El desfile fué imponente, mas no muy bello. Y si exceptuamos unos cuantos trajes que fueron orgullo de la fiesta, entre ellos el de una gitana de ojos encantadores con cuya luz parecía inten-

tar escrutarlo y adivinarlo todo, podemos decir que faltó el disfraz pomposo, la vestidura opulenta que trajera a la memoria remembranzas de dinastías reinantes, de bailarinas llenas de joyas y de sedas; de guerreros vestidos de gala como en el momento preciso de celebrar un triunfo. Faltó también la comparsa original; eso en que el ingenio de muchos hace reproducir cuadros históricos o imaginarios y que deja en la visión sensaciones inolvidables y arranca del alma un grito de simpatía.

Ya es plena noche. Las danzas vigorizan las fiestas. La música consume la atención de todos.

Me he dejado arrastrar por mi instinto de nómada a uno de los barrios más populosos de la ciudad; a uno de los lugares donde los vecinos, amigos siempre de jolgorios, parecen ignorar el dolor. Al llegar al barrio observo, no sin orgullo, que a pesar de la influencia que ha ejercido el cosmopolitismo en nuestras gentes, el pueblo de Panamá ha sabido y ha podido conservar, intactas, algunas de las costumbres que heredó de sus galantes abuelos. Así, podréis ver ahora, a la luz de las estrellas, en patio con pretensiones a jardín, los rápidos movimientos que ejecuta feliz pareja al zapatear *un punto*, tradicional baile istmeño en que la agilidad y la voluptuosidad simulan rimar una canción a la vida.

Así la pareja:

Ella, una muchacha de esas que tienen fuego en los ojos, en la sangre y en los labios, luciendo la *pollera* clásica, salta, se retuerce, zapatea, ondula como una sierpe, respira como un peregrino jadeante, echa suspiros de cansancio y de amor, y con la fina diestra agita un pañuelo de seda roja. En su mirada sorprende embriagueces desconocidas. A través del encaje de sus vestidos se ven palpar sus senos con temblor de aves tímidas.

El, garrido mozo de veinte años. Un sombrero del Ecuador, cuya cinta ondea con los colores de la bandera del Istmo, corona su rostro ligeramente moreno. Viste de blanco y calza pequeñas zapatillas de color de champaña. Con inquietud se cimbra llevándose ambas manos a la cintura, recogándose la americana y adquiriendo actitudes de gitanesca elegancia. Mira los ojos de la chica con cierto gesto de satisfacción indefinible y, con su mirar picaresco, demuestra sentirse tentado a ceñir la cintura quebradiza de la hembra.

Les rodea gárrula muchedumbre en que triunfan, por su mayoría y por la fuerte debilidad con que imperan, las mujeres.

De entre ellas, se destaca la figura enclenque y alta de los músicos: Josecito, Pol y Nacho.

Tras ellos, un hombre mitad montañés, mitad ciudadano, golpea rítmicamente un tambor casi cilíndrico, con las yemas de sus dedos groseros.

Y hay en todo ese conjunto de armonías, de colores y de perfumes, un símbolo: el bello símbolo del Panamá triunfador; del Panamá que avanza por entre la ruindad de todas las envidias y de todas las calumnias, porque, a despecho de la pasión política, abre sus entrañas al progreso del mundo, con la generosidad de esos pueblos a quienes la naturaleza señaló una gran misión que cumplir ya que la cumplen en bien de toda la familia humana.

CROMOS TRAGICOS



DE LA CATASTROFE

En la rojez siniestra de los incendios, en la confusa y desesperante inquietud de los naufragios; en el estrépito que producen macizos palacios al desplomarse en el estremecimiento súbito de los terremotos; en todas las catástrofes, en todas las desgracias de la humanidad advertiréis siempre la belleza, la espantosa belleza de lo terrible, de lo Espeluznante, de lo fatalmente sublime, de eso que el lenguaje de los hombres no puede expresar con propiedad suficiente, porque los vocablos son débiles para resistir la fuerza de las ideas que ello sugiere.

¡La espantosa belleza de lo terrible! Recordad

cómo se enrojeció el llano; cómo tembló la tierra; cómo volaron edificios deshechos en menudos fragmentos; cómo se oyó una detonación rápida, atronadora; semejante al estampido de cien cañones que vomitasen pólvora con simultaneidad horrorosamente admirable.

¿No creísteis por un momento que el planeta se desorbitaba; que los volcanes insultaban la constriñadora impasibilidad del cielo con sus lenguas de ceniza y de llamas; que la naturaleza desencadenaba todos los elementos para demostrar, con la salvaje elocuencia de los hechos funestos, que en un minuto, en un segundo, puede reducir a polvo las obras a que dió creación la inteligencia del hombre?

¿Era aquello fragorosa batalla? Gritos prolonga-

pleno estío—tiñe con colores de infierno el espacio. Vuelan piedras con celeridad destructora, anchas grietas se abren en la llanura y un ¡ay! lanza en los aires su angustia.

Y en medio de tanto ruido, de tanto pavor, de tantos resplandores, caen despedazados siete valientes servidores de la siempre malagradecida familia de los humanos; siete bomberos; siete héroes cuyos nombres son dignos de cansar los labios de la musa de la Epopeya.

¡Llor a vosotros, seres magnos! Se regocija el

de colchichos u. de ~~propiedades~~ ~~tránsito~~

garran el alma con crueldad de fiera hambrienta. Aparece un carro fúnebre y sobre él un lujoso féretro de caoba. Le sigue uno, dos, siete carros más, también con ataúdes. En la melancolía de la tarde, el brillo de la madera de los ataúdes resalta con tonos metálicos.

¡Qué impresión tan conmovedora la que congoja el organismo cuando vemos pasar en silencioso desfile esos féretros pomposos!

De mí sé decir que a pesar de su belleza; de su brillantez; de la impecable regularidad de sus líneas, por las que se les podría equiparar a las más correctas figuras geométricas, no puedo menos que forjar pensamientos de pena, de lágrimas, de horror y de muerte al verlos, por que sé que ellos encierran cuerpos inertes que ayer no más eran seres enérgicos, alegres, valerosos, dispuestos a sacrificarlo todo por sus semejantes; porque ellos dicen, con la muda pero espantosa voz de las cosas inanimadas, que dentro de su reducido espacio pueden ocultar la grandeza del mas omnipotente de los hijos de Eva; pueden brindar descanso al más refinado, al más poderoso, al más exigente.

Luego los bomberos pasan. Bajo el negro casco la chaqueta roja clarea. Graves y altivos, los bomberos oprimen el pavimento de la callejuela con sus enormes botas, como seguros de que no están pisando en cristales ni en flores.

Ahora, viene un ejército. Son los policiales armados. El Sol quiere asomarse por una ventana del cielo y no se atreve. Apenas si envía una discreta mirada a las bayonetas de los soldados, las cuales bruñe con gusto de artista arrancándoles reflejos de plata.

El tambor es hábil. Redobla² con maestría y elegancia. Su rostro de ángulos rectilíneos gesticula con orgullo cada vez que sus manos golpean la caja.

Rectos, mudos, gallardos en la marcha, estos policiales-militares tienen el aspecto desembarazado y suelto que sólo se adquiere después de un riguroso régimen disciplinario, que eduque los movimientos, desarrolle los músculos y sujete la impulsividad de los diferentes caracteres. Siguen repercutiendo las melodías dolorosas. Siguen . . .

Y sobre la siempre lujuriente verdura del Anón, Véspero llora lágrimas de plata por los héroes que se fueron de la tierra a perderse en las doradas regiones de la Inmortalidad.



CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SIMON RIVAS

Ese, que oculto llevan en negro ataúd de madera, seguido de unos cuantos mortales contritos, digno es del bronce y del mármol; de la canción de elogios y de la corona de laureles. Ese, es digno de todas las prerrogativas que la inmortalidad concede a sus elegidos; es digno de la elegía con que las musas anuncian a los cuatro vientos la desaparición de un varón grande, que si no tuvo la grandeza ficticia de los que a falta de intrínsecos méritos, no pueden menos que vanagloriarse de la grandeza de sus caudales y de la de su insignificancia intelectual, fué un aristó-

crata del talento, un señor poderoso y fuerte que en los dominios de la intelectualidad elevó un día sobre macizas y sólidas bases el castillo de sus ideas.

Fue uno de esos mancebos que, por lo impetuoso de su carácter, por el fuego de su inteligencia, por el brillo de su imaginación, por lo bello de sus sentimientos y por la miseria fisiológica y pecuniaria que les debilita; parecen ángeles maldecidos, coronados de áureas diademas pero asidos a la roca de la Impotencia por la dura cadena que forja la Fatalidad en sus negros talleres.

Sañadores incorregibles, naturalezas hiperestésicas más finas y vibrátiles que alambres de guitarras; seres que, en su eterna embriaguez de ilusiones quisieran amoldarlo todo a sus gustos, a sus caprichos, andan por los oscuros vericuetos de la Vida, tropezando aquí, resbalando allá, sintiendo puñaladas de espinas en los pies, mientras que sobre sus cabezas vibran aleteos de águilas; mientras que en sus pechos sienten yo no sé qué delicioso malestar—permitidme la unión de vocablos tan enemigos por lo antitéticos—un delicioso malestar que en su inquieto lenguaje de emociones dice de los alientos divinos escondidos en la prosaica armazón de músculos y de huesos.

Antes de caer vencidos por la misma consunción de sus fuerzas vitales, estos hombres— a quienes bien pudiéramos llamar extraterrenos, to-

da vez que nuestro minúsculo planeta no es para ellos sino campo enemigo—comprenden, con íntimo desconsuelo, que de poco les vale ser dueños de cualidades magnas, si éstas no van acompañadas de cierto porte y de cierta audacia que les permita triunfar en todas las batallas a que les llevan sus siempre incontenibles impulsos de sublimes quijotes.

Incapaces de hablar el lenguaje de la adulación; inadecuados para ejercer el papel de actores cómicos en la tragicomedia de la existencia, vierten lágrimas de sangre al advertir que su reino no es de este mundo; devoran en silencio sus cóleras, y prefieren encerrarse en la torre de marfil de su orgullo y luchar contra sí mismos, hasta postrarse en la desesperación de la última angustia.

Epoca de injusticias y de cobardía esta, en que en el cielo de la Humanidad no se ve más vuelo que el de las águilas doradas; época de injusticia y de desvergüenza, en que el sebo de las reses y la piel de los carneros son mejor apreciados que el libro donde el escritor de valía vuelca el ánfora de su pensamiento—rico vino elaborado tan sólo para gustos amigos de saborear quintaesenciados manjares.

Epoca de injusticia, de cobardía y de moral miseria, en que el talento constituye motivo de desprecio cuando no aumenta su brillo con el brillo del oro; cuando no es lengua que lame las

manos fustigadoras de Zelayas y de Castros; cuando no ofició de sacerdote en los templos de los dioses del dollar.

Canales abren los hombres a través de istmos, al par que la envidia, la vanidad y la infamia abren anchos surcos en la conciencia de la Humanidad.

Mientras los mares se confunden en uno solo —¡quién lo creyera!— los hombres se repelen, se odian, se matan. Y aquí es donde con más frecuencia se verifica el fenómeno. Nos ridiculizamos mutuamente. Nos devoramos a dentelladas como fieras enemigas. Como los caballeros medievales, nos destrozamos en justas inútiles y risibles. De ahí que para un panameño no haya ser más inhábil que un su paisano. De ahí, que nunca vibre la nota panameña en los grandes conciertos de la verdadera intelectualidad hispanoamericana; de ahí que hayamos descendido a sitios tan bajos en el terreno de la dignidad patriótica; de ahí el concepto que de nosotros conciben los extranjeros mal preparados que nos conocen superficialmente. Que amamos nuestras cosas. ¡Mentira! Lo hemos probado en algo? Sin retrogradar a días pretéritos y sin que sea mal interpretada mi expresión al respecto, diré que la estatua de Vasco Núñez de Balboa, español, se erguirá en Panamá antes que la de Tomás Herrera, Justo Arosemena, Mateo Iturralde y Pedro Sosa, panameños. Conste que esto lo digo sin

pretender amenguar la gloria del gentil-hombre jerezano que descubrió el Pacífico.

Mientras que en ninguno de nuestros paseos públicos se irgue el busto de un compatriota preclaro, en las Bóvedas surge, sobre hermoso pedestal blanco, frente de un cañón que simboliza con su inmovilidad el estado de inercia de nuestro espíritu nacional, el medio cuerpo de bronce de Napoleón Bonaparte Wyse, ingeniero francés al servicio de la Compañía francesa del Canal interistmico.

Este vil estado de inercia nos caracteriza en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva. Y quieras que no, los que aquí nacimos y vivimos somos de él víctimas.

Simòn Rivas, o Cristóbal Martínez como se llamó cristianamente, fue víctima de esa indolencia nativa.

Así cual mueren ciertas plantas bajo el rigor de climas inadecuados a sus órganos, los hombres que viven en medios poco adaptables a su temperamento, se malean y, mueren prematuramente.

A Simòn Rivas le ahogò el ambiente deletéreo de su país. Quienes observan los sucesos desde un punto de vista meramente personal atribuirán su caída a irregularidades y excesos comunes en la vida de todos.

A los hombres raros hay que verlos de lejos. Si se les juzga, teniéndolos muy de cerca, el juicio resulta, en exceso, erròneo.

Estas notas que pongo al margen de sus páginas, no tendrán otro mèrito que el de la sinceridad, el de la sinceridad que gusto poner en todo lo que de esta mal esgrimida pluma sale para cantar belleza de mujeres o para elogiar ricos tesoros espirituales de hombres.

Taciturno, mudo, pensativo, parecía vivir de recuerdos o esperar no lejanos acontecimientos infelices.

Para los que sabíamos que dentro de aquella figura aparentemente vulgar giraba todo un universo de ideas brillantísimas y compactas; para los que sabíamos que dentro de aquella contextura extenuada se levantaban—cual rosales cargados de flores—pensamientos fantásticos y al par verosímiles, no era sorprendente imaginar que aquel hombre sereno y tacibundo era ya un vencido; un derrotado de la batalla de la vida; un adalid que, en el pleno dominio de sus fuerzas, luchò con bizarría, con afán de triunfo, con varonil entusiasmo hasta sentirse físicamente impoderoso; moralmente vencido; intelectualmente debilitado.

¡Còmo lloraria en silencio al comprender la inutilidad del esfuerzo; la inanidad de la lucha; la inmisericordia brutal del medio que le circuía!

Sus gemidos de ruiseñor aprisionado en la jaula de su propia amargura; su soledad de pájaro abandonado en la gran noche de la pobreza y, sobre todo, aquella su altivez de artista doblegada a los embates del Azar—que de tarde en tarde parece tener más poder que Dios—, hablarían a su alma con más eficacia que todas las voces consoladoras de todos los consoladores humanos.

En verdad que maltrata pensar que la indiferencia caiga—como pesado manto de luto—sobre la memoria y sobre la obra de seres que, como éste, consagraron todas sus actividades a la realización de un fin noble, cual es el de crearse— a despecho de la sorda vocinglería de teóricos semi-torpes—una individualidad de acuerdo con las tendencias peculiares que atesoran.

Ciertamente maltrata pensar que ya todos se olvidaron de aquellos poemas lúgubres; de aquellos cuentos con tanta habilidad tramados; de aquellas fantasías que aparentaban surgir de un cerebro nacido en un país de brumas.

Lo que no se comprende, no se ama; lo que no se ama, se olvida. Hay públicos que conservan, por una eternidad, recuerdo de seres y de cosas que de un modo u otro influyeron en la formación de sus gustos, de su educación, de su carácter. Son como esos frascos que conservan durante muchos años el penetrante olor del líquido que contuvieron o como jardines inmensos en cuya atmósfera persiste la mixtura de distintas fragancias.

Hay, también, públicos miopes, cuya incapacidad de visión les impide distinguir cómo se irgue de entre la turba la talla gigantesca de esos nerviosos enderezadores de mentes obtusas, que con la palabra cáustica queman llagas sociales, y con la palabra suave y consoladora alivian el dolor de esta miserable existencia—mezcla de todas las hieles.

Público así le tocó a Simón Rivas. En vano alimentó su obra de hermoso vocabulario como el más docto señor de la Española. En vano su instinto de jardinero de la belleza quiso hacer florecer rosales en tierra donde es más fácil ver crecer las ortigas de la política y los cardos de la envidia, antes que el lirio azul del Arte.

Aunque sean muy excelentes los sistemas de irrigación que se empleen; aunque el horticultor viva con dominadores deseos de ver producir plantas lozanas en el huerto a él encomendado, todas sus labores se reducirán a nada, si el terreno no tiene en sí—bien que escasamente—principios de fecundidad. Es como pedir que un idiota piense o como intentar que una hormiga cante. En las rocas podrá crecer musgo. Nunca dalias.

Su esperado fin trágico no sorprende. Simón Rivas ha tenido predecesores selectos: Edgardo Poe, Alfredo de Musset, Carlos Baudelaire, Pablo Verlaine.

Quienes constituyen ese cuarteto, caballeros de la más linajuda prosapia en los países del Genio,

cayeron en circunstancias análogas a las que rodearon los últimos meses de este singular panameño.

La mañana que le sorprendió exánime era fría, como caricia de mujer sin amores. La lluvia, menuda, fúnebremente rumorosa, desataba sus hilos de plata con un gesto casi humano. No le tocó morir, cual lo deseaba en una de las estrofas de su poema «El Rubí», una tarde roja, iluminada por las llamaradas purpúreas de un lujoso y deslumbrador sol poniente:

«Roja, así quiero yo que sea la tarde
en que el último adiós mis labios hiele
y de grana y rubí que sean las rosas
que lleves a mi muerte,
cuando ya no te mire el áureo anillo
en tu mano brillar como en la nieve.
¡Oh roja luz que mi cerebro ofusca!
Estrella roja entre tu mano blanca!
Acoje mi pasión en tus reflejos
cuando al soñar del alba
no tengan ya más sangre los crepúsculos
ni rosas ni claveles las montañas».

Contristadoras sorpresas de la Mala Suerte!
En donde estaba la amada a quien fueron dirigidos aquellos versos? Sobre el sudario que cubría el cuerpo inmóvil del poeta sus blancas manos arrojarían puñados de rosas...?

El amor y la amistad huyen de allí donde el infortunio sienta sus reales. Y para colmo de injusticia—¿Vergüenza qué te has hecho?—ni la seca nota de un diario pudo decir a los pobladores de esta pobre tierra, que se había eclipsado una de las más luminosas estrellas que alumbraran el firmamento en el Istmo.



POR LA CIUDAD EN RUINAS

—

(Colón, 2 de Mayo, 1915).

Cuando descendimos del tren, caía la lluvia. Quedaban atrás los lagos con que el esfuerzo yankee alteró la configuración del suelo istmico; la maleza hostil, aparentemente inaccesible, ostentando la salvaje vegetación de las tierras fértiles olvidadas o desconocidas por el cultivo; las sombrías lagunas que en algunos parajes mostraban, a flor de agua, lozanas pero inapreciables plantas en la más fecunda eflorescencia: y, en otros, en los más, garzas blancas y árboles tris-

tes, sin un nido, aislados y anémicos de savia; desnudos, completamente desnudos, porque ni manto de hojas ni manto de flores vestían aquellos miseros organismos vegetales próximos a descomponerse en el seno de aquella tierra fan-gosa.

Desde la estación del Ferrocarril, todos los viajeros pudimos crear idea de lo que fué el incendio que en la tarde del treinta de Abril último trocó en polvo toda la más rica zona de la ciudad atlántica.

Y pronto me entristeciò el comprender que ya no estaba en la activa urbe, llena de bazares, de hoteles y de tabernas; en la ciudad cosmopolita, donde se podía decir que la fiebre de los negocios ascendía a 39°; en la ciudad loca por hacer dinero, en cuyas avenidas rectas y anchas no se veía más que mercaderes de todos los sexos y de todas las playas; en cuyas playas no se veía más que barcos, hombres y banderas. Aquélla, en sus tiempos de esplendor, fué una ciudad de Fenicia renacida en América.

Ya estaba en una ciudad muerta; por encima de la cual había pasado poco antes el vuelo siniestro del ángel de la Fatalidad y el carro de llamas del Dios Fuego, rojo y terrible como su hermano el Dios de los Infiernos.

Ninguna catástrofe genera en el corazón humano tantas conmovedoras emociones como las que ge-

nera un incendio; ningunas ruinas engendran tantas impresiones de muerte, de pavor y de angustia, como las ruinas de seres y de cosas consumidos por las llamas.

Alguien, deseoso de ostentar más amplia visión, me argüirá que más conmueve la vista de los despojos de una ciudad devastada por terremotos, en la que el suelo, agrietado por el calor interior del planeta, resiste el peso de los cadáveres desfigurados por la violencia de los derrumbes; donde las rotas paredes de los palacios de mármol se inclinan, blancas y deformadas, patentizando el doloroso destino a que está condenado todo lo que se produce bajo el sol; donde, al lado de agonizante mendigo, ondean las cortinas de púrpura de soberbia mansión patricia, desquiciada por la inesperada conmoción terrestre; donde en fin, se ve, entre despojos de pobres cosas, uno que otro resto del esplendor de los moradores de la ciudad: ya el estuche cuajado de pedrería, ya la truncada columna de pòrfido que sostuviera el techo de opulento alcázar.

Todo esto lo expresará quien pretenda contradecir mi afirmación primera.

Pero yo le redargüiría con orgullosa seguridad de que, a fin de cuentas, mi interlocutor quedaria satisfecho de mis argumentos:

Que en los sitios arrasados por los temblores, hay posibilidad de sentir belleza: un cuadro, una joya, una catedral derruida, o semi-derruida.

Pero en los restos de una ciudad devastada por las llamas, qué nota de belleza podriase percibir, a no ser la presencia de alguna hermanita de la Caridad, recogiendo victimas, con dulce gesto de santa hembra misericordiosa.....? Ellos constituyen por sí solos el espectáculo más contristador de todos los que suelen contemplar los ya fatigados ojos de los hombres....

En tales sitios, el gris contristador de la ceniza extiende su informe y plúmbea mancha. Por fuerza hay que repetir con Eugenio de Castro, el portugués hondo: *Todo está ceniciento, ceniciento.*

En tales sitios, la tierra exhala vaho de huesos cremados; los niños tienen gestos de mancebos cariacontecidos; los mancebos parecen ancianos, y los ancianos clavan la vista en las ruinas, en el suelo, en las nubes, en todo, cual si pidiesen con suplicante mirada húmeda, el último descanso que han menester sus miembros debilitados por la vehemencia de tantos combates librados en el campo de la actividad, para obtener, como único triunfo, la más firme y odiosa de las convicciones: la de la inanidad suprema de toda intención noble.

En tales sitios, la más imperceptible sonrisa parece una ironía; el rumor de la brisa parece una canción fúnebre, y la voz de las mujeres tiembla como un sollozo.

En mí nacieron todas estas dolorosas observaciones, mientras recorría, a la diestra de un ami-

go, las calles de la antes hermosa ciudad de Colón, dos días después de la catástrofe.

Marchábamos, bajo un cielo gris oscuro, casi negro, del que se desprendía inquietante llovizna, como si la naturaleza deseara extinguir los fizonas que todavía humeaban en algunas de las cuadras incendiadas.

Ante mis ojos, jamás había tenido espectáculo semejante: las avenidas transitadas por curiosos recién llegados de Panamá y de la Zona del Canal, con la faz plegada con visajes de conmiseración y de pena; en los grandes cuadrados de tierra—que no mucho antes habían sido asiento de enormes habitaciones—predominaban, por su número, carbonizadas hojas de zinc, irregularmente superpuestas, como si en el terrible instante en que se intensificaba el calor hubiesen querido morir confundidas en un estrecho abrazo. Parece que hasta las *cosas sin alma* experimentaran el sentimiento de la fraternidad. Cerca de las metálicas hojas, botellas semi-despedazadas, parecían demostrar con sus ya no transparentes cristales, cuán poco benigno fué el incendio para con ellas. Aquí, torres de platos de loza, apenas ennegrecidas, por la ligera caricia del fuego; allí, un racimo de bananos, renegridos por la intensa carbonización; más allá,—¡quien lo hubiera previsto!—un grupo de alegres gallinas que surgen de entre los escombros, lanzando con todas sus fuerzas, al unísono, resonante, ¡*cocorocó!* quizá para demostrar al mundo que sobre los despojos de

todo hay siempre algo inmortal o casi inmortal: el canto y el vuelo.

¡Loor a vosotras, jubilosas gallinas, que tan inconscientemente simbolizáis el triunfo del espíritu sobre la materia!

—

Cuando ya cansados de entristecernos ante aquellos siniestros escombros, nos dirigiamos a la zona indemne de la infortunada villa, atrajo nuestros ojos una calle anchísima, talvez cuatro veces más ancha que las otras; hacia ella fuimos, era poética vía, subdividida, si recuerdo bien, en cuatro callejuelas; se la llama Broadway.

Embellecen las laderas de Broadway hermosos arbustos: son arbolitos de *Flor de la Reina*: delicia es ver cómo en las ramas de bruñidas hojas de color de esmeralda, contrasta con el verde de los cálices el rojo encendido de las corolas. Y sabéis qué es lo más curioso de aquellas callejuelas? Innumerables casas de campaña, erigidas en las floridas laderas, para albergar, no ejércitos de militares vencidos en sórdidas luchas de hombres contra hombres, sino ejércitos de miseros, de parias hostilizados brusca y fatalmente por el azar, el día que el bello y terrible elemento trocó en cenizas rica parte de la cosmópolis.

Avanzamos por una de las sub-callas de Broadway, hacia la playa. En la vía solo vemos mu-

jeros: antillanas de carnes blandas y grasosas como pedazos de corcho impregnado de aceite; mujeres de Colombia, altas, nerviosas, con pupilas emocionantes como incendio, con enormes cabelleras, oscuras y tersas como tapices de terciopelo negro; mujeres de Yankilandia, con amarillo en las crenchas, con azul en los ojos y púrpura en los labios; se las podría llamar mujeres *tricolores*.

Con albas ropas desfilan, y al perderse a lo lejos, parecen grupos de hermosas palomas a flor de tierra; mujeres del Indostán, adorables *cullies* de escultúreo busto, de caderas semi-redondas como las carnosas mitades de una manzana; de andar perezoso como el de casi todos los seres de Oriente. Tienen gracias las *cullies*: sus rostros, aristocráticos, por la distinción de la línea, conservan la invariable belleza melancólica de la estirpe semítica.... Mujeres, mujeres de todas las zonas terrestres; aves que todavía anidan en este escueto jardín, quizá esperando el despertar de nuevas primaveras o aguardando el despuntar del día de mañana para ir a mejores tierras.

Llegamos frente a la playa. Ante aquellas ondas puras, azules y transparentes como la atmósfera de los días estivales; ante la desierta inmensidad de aquellas aguas, libres de la suciedad y fetidez de que ton impregnadas están las ondas en las riberas del Pacífico, sentí que del fondo de mi corazón salía un canto:

«Oh! mar! ¡Oh mar Atlántico: yo te saludo con

todo el júbilo, con todo el entusiasmo de mis sonoros veinte años! Yo te canto la canción de mi entusiasmo, por tus aguas teñidas de lapizlázuli y zafiro; por tus espumas pulcramente blancas; por tu furor demoniaco; por lo majestuosamente inmenso, por lo majestuosamente hermoso; por tus bahías tranquilas y apacibles como lagos; por tu tristeza y por tu soberbia de Rey encadenado, simbolo de la tristeza y soberbia de los genios humillados por el destino, yo te saludo y te canto ¡oh! claro Mar Atlante, con todo el entusiasmo de mis sonoros veinte años.

Sobre tí han batido sus colores todas las banderas! Desde la luminosa bandera que enarboła el Rey del Crepúsculo en el alto alcázar de los cielos, hasta la bandera de la más pequeña de las naciones de la Tierra!

Sobre tí llegaron a nuestras playas los barcos-monstruos con el vientre nutrido de pedrería del Brasil y de la India; de seda del Japón y de la China; de cristales de Francia y de Alemania; de vinos de España, de Italia y de Francia.

Y crece mi regocijo ¡oh! claro Mar Atlante! al recordar que sobre tí vinieron las mujeres que no ha mucho deslumbraban con sus ojos en la calle Broadway! Sobre tí vinieron, a lucir los encantos de sus cabellos y de sus pupilas y de sus andares! Sobre tí vinieron, a poner gotas de mieles en la copa del tedio de la vida colonense; a per-

fumar el ambiente con sus variados aromas de flores de variados climas; a disipar la desolación de tanto imbécil como pululaba por esas calles de la ciudad activa».

El Mar quedó sereno.... Parecía haber escuchado con atención. Si, había escuchado.... Había escuchado e interpretado mejor que algunos hombres.

Y me alejé pensando que sobre los escombros de la ciudad ardida renacerá mañana bulliciosa cosmópolis que irradie en la noche de todas las miserias, luz, mucha luz, como un gran faro de civilización, de belleza y de gloria!

¿Renacerá?





CRONIUILLA

En estos días de Mayo;—días bellos y alegres en que revientan los botones y las almas palpitán de amor,—(Cómo vienes a mi memoria, Enrique Heine!) el Crimen ha derramado pólvora y ácido fénico en nuestra atmósfera.

Preguntad cuáles han sido las causas que indujeron a muchos desgraciados a delinquir, y simultáneamente os dirán treinta y siete mil bocas panameñas y extranjeras: «¡El Amor! Oh, sí el Amor!»

Desde Adán hasta nuestro días, él, que ha sido perpetuador de los seres, ha sido también, en cierto modo, el destructor de ellos.

El Amor es un loco travieso y fuerte que, hoy pone la pistola en manos de donceles exaltados y, mañana, el veneno en las de infelices mujeres que—deseosas de inmortalizarse en historias de aventuras románticas, beben láudano o mercurio, previa intención de suicidio—pretextando éxito desconsolador en sus delirantes amoríos.

Ante ese confuso espectáculo de Pasión y de Muerte, se pregunta úno asombrado si es verdad que la influencia de Venus impulsa a estos desgraciados a hundirse en los abismos de lo Desconocido, o si ese funesto mal que algunos llaman «El mal de la vida», les avinagra el carácter, impulsándoles en siniestros instantes de cólera y de despecho, a ensayar un gesto de menosprecio hacia este mundo de infamia.

*
* *

Allí, en su modesto lecho, se quejaba la modistilla, retorciéndose de dolor y de cólera, oprimiendo contra su pecho blanca almohada, como un náufrago que, en su desesperación, se ase de la primera tabla que encuentra.

Pobrecilla! Ciento cincuenta gramos de mercurio le destrozaban el organismo y deshacían el sér que aún se ocultaba a la luz, en el vientre de ella.

Llanto arrancaba el ver junto del lecho de la

enferma, en no pequeño cesto de mimbre, las sedas de que esa madre infeliz había pensado hacer elegantes camisas para su *baby*.

Llanto arrancaba el contemplar aquella faz amaratada por el insomnio y el veneno; aquellos pezones que a través de los encajes que les cubrían mostraban, inquietos, sus rosadas puntas, aún no humedecidas por labios infantiles; y, sobre todo, aquella alcoba miserable donde como uno de los más ricos muebles, amarilleaba un crucifijo de cobre, perlado de esperma. En el ambiente parecía flotar un olor a desaseo.

tario martirio? Lo de siempre.

El amor la inyectó estricnina en la sangre y la hizo pensar cosas malas y, después?... Ah! después, como funesto epílogo de un drama de pasión improvisado, un chiquillo en el vientre de la hembra, gritando con la muda voz de las palpitations, que deseaba ver el Sol; que ya anhelaba aspirar el aire de las montañas patrias.

Y a todo esto, el guasón dueño de la paternidad gozando en licenciosos lugares que no son para dichos.

¡Oh! mujer infortunada y apasionada que recurriste al sublimado en demanda de alivio para tus penas. vó te amo y te odio!

ñas, y te detesto; sí, te detesto, porque destruíste con tóxico el infeliz chiquillo que habría sido— ¡no lo supusiste!—comienzo de grandes generaciones de hombres magnos!

Mayo: 1913.



LLUVIA

Con música dolorosa y monótona, que semeja una interminable lamentación, cae la lluvia. A través de una de las grandes ventanas de mi aposento de enfermo, yo la miro descender y, pienso que para mí nada hay tan inexplicablemente consolador como escuchar desde mi tibio lecho ese cántico intenso—lento y desconsolador como la última oración de un reo—que la lluvia murmura, ya en el techo de zinc de mi casa; ya en el patio de concreto de la mansión contigua a la mía; ora en la tierra negra, sembrada de rosales, del bello jardín que frente a mi habitación se extiende, con la seductora policromía de sus flo-

res; ya en los tersos ladrillos que cubren de inmensa capa rojiza la sinuosa extensión de la calle.

Vosotros, los que no sois solteros ni viudos, no véis cómo en las noches de lluvia, cuando el cierzo canta un tiernísimo himno de penas en las puertas de vuestras casas, os miran con más pasión los ojos de la mujer idolatrada, como si ella, presumiendo que estáis friolentos, quisiera daros calor con ellos? ¿No veis cómo la adorable esposa busca almohada tenuemente cálida en donde reclinar su cabeza coronada de lujoso manto de cabellos y, en su mal contenido cariño para vosotros, no encuentran mejor almohada que vuestros hombros duros y vulgares?

Observad que durante la lluvia es cuando mejor se recuerda: los goces, las congojas, los ensueños y las desesperaciones pasados, sacuden nuestra memoria con inquietud agradable entonces, como si todas las películas de nuestra vida pretérita se reflejasen, de súbito y en bien ordenada sucesión, en la tela del recuerdo. Surge—como en la magia de un encanto—de entre las nieblas de la memoria, la mujer sincera y angélica que amamos en nuestras mocedades. Con una sonrisa mitad pesar, mitad contento, parece reprochar nuestra ingratitud, nuestro olvido.... Pasa.

Pasa; y al rumor de la lluvia recordamos que al amparo de la adorada—como al de la luz solar las plantas—abrió su abanico de púrpura la rosa de nuestra juventud.

Todo convida a pesar que en los días de invierno, el ruldo que produce el agua del cielo al caer sobre las cosas ba as del mundo; la quietud que adormece el espíritu y, la humedad de la temperatura excitan la sensibilidad, debilitan la intensidad de las pasiones de los humanos y les predisponen a la recordación del pasado.

Luego, la fantasia reproduce contristadoras escenas en las cuales sólo actúan seres más o menos desconocidos para nosotros; pensamos en los niños huérfanos a quienes la mano violenta de la Casualidad lanzó en el Desamparo; en esos pobres que la injusticia del Azar destinará muy pronto al presidio, al hospital, al cementerio o al océano.

Con el viejo traje sucio en desorden; con los infantiles rostros acuchillados por arrugas precoces,—señales de insomnio, de hambre y de cólera mal reprimida—, esos desgraciados recorren quizás calles y plazas, buscando refugio y no encuentran sino indiferencia y burla: indiferencia y burla de muchos que—de manera indirecta tal vez—contribuyeron a la infelicidad de esos miserables. Pensamos en la inexperta doncella seducida por algún viejo verde y arrojada después al torbellino del mundo—tal una paloma perdida en la confusión de huracanada noche.

Sola, enclenque, arruinada en su complexión, vagará por esas lujosas calles mojadas sin encontrar—¡infeliz paloma!—un nido tibio que devuelva

a sus plumas el calor que las alentara en luminosas tardes color de oro.

Y pensamos, ¿por qué no en ellos también? en los afligidos enfermos, pálidos de anemia y febriles de impaciencia; en esos desventurados que olvidados de los dioses del Bien, se retuercen ora mudos, ya quejosos, creyendo que la lluvia que vendrá con el día venturo, les encontrará ya exánimes y ocultos en el negro seno de la gran madre Tierra.
